

AGROTERRORISMO Y ARMAS BIOLÓGICAS

Los avances de la ingeniería genética en las últimas décadas, han puesto a disposición de pocos países, nuevos materiales biológicos para la guerra. Los riesgos de su utilización son tan grandes, que inclusive se podrían clonar toxinas selectivas para eliminar grupos étnicos específicos, cuya condición genética les predispone a ciertas enfermedades.

La guerra biológica incluye el uso de organismos vivos con propósitos militares. Los organismos pueden ser virus, bacterias, hongos. Si consideramos que estos agentes biológicos, tienen la capacidad de mutar, reproducirse, multiplicarse por medio del viento, el agua, los insectos, animales o por transmisión humana; los riesgos podrían ser impredecibles. Una vez liberados, muchos agentes biológicos son capaces de desarrollar nichos y mantenerse en el ambiente indefinidamente, lo cual podría ser devastador.



Estados Unidos lidera las actividades de biotecnología en el mundo, los intereses corporativos se protegen a través de la desregulación y laxos mecanismos de control que este país mantiene sobre la producción de armas biológicas. La política norteamericana frente al uso de armas biológicas esta orientada a la promoción y desarrollo de cada vez más poderosos agentes biológicos que podrían ser utilizados como armas, a pretexto de desarrollar mecanismos de defensa. Existen más de 1300 laboratorios de biotecnología en Estados Unidos; y 500 más en Europa. Las corporaciones biotecnológicas emplean más de 60 mil científicos especializados en biotecnología (Mooney, 2002). Los países que lideran la investigación y desarrollo de armas biológicas son: Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia, Irak, China, Japón, Egipto, Libia, Israel, Corea del Norte y Taiwan.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña planificó, ataques con 500 bombas de racimo, cada una de las cuales contenía 106 bombas de ántrax, que podrían haber matado al 50% de los habitantes de las seis ciudades alemanas (Mooney, 2002). Japón, utilizó armas biológicas contra China y realizó experimentos con prisioneros de guerra. Se cree que el ejército estadounidense usó armas biológicas contra los ejércitos coreano y chino durante la guerra de Corea, 1950-53. También se cree que el ejército iraquí, utilizó agentes químicos en 1987-88 contra los kurdos en Irak. Se han utilizado armas también en contra de los Tutsi en Ruanda y de los pueblos de Timor Oriental. Estados Unidos ha reconocido que alrededor de una docena de países están investigando el uso de etnobombas. (Mooney, 2002).

El agroterrorismo ha sido también una eficiente estrategia de guerra biológica, utilizada para contaminar suministros de agua o alimentos del enemigo o para provocar hambrunas. En la primera Guerra Mundial, los franceses desarrollaron patógenos para aniquilar los animales de la caballería alemanes, los alemanes por su parte, lanzaron una elaborada estrategia que arrasó con el ganado de Rumania, el ganado y el trigo almacenado en Argentina para ser enviado a los Aliados. Es conocido que Estados Unidos arrasó con las cosechas de trigo de Vietnam del Norte en la década de los 60, e intentó diseminar enfermedades entre los cultivos de exportación de Nicaragua, a fines de los 70'. (Monney, 2002).

El agroterrorismo se promueve también a través de la investigación privada corporativa. El desarrollo de tecnologías o productos que puedan llegar a utilizarse como agroterrorismo, es validado en distintos acuerdos comerciales, entre ellos los de propiedad intelectual. El monopolio corporativo que los derechos de propiedad intelectual establecen para comercializar estas tecnologías, imponen restricciones al acceso y a la información sobre las mismas. Las tecnologías de restricción de uso genético, entre las que se encuentran las tecnologías Terminator y Traitor, atentan contra la soberanía alimentaria, el orden público, y el bien común. Aparentemente inofensivas, estas tecnologías provocan dependencia del agricultor con respecto a la semilla, erosión genética y puede ser usada como armas biológicas.

La Tecnología Terminator, es una tecnología que le da a la semilla la posibilidad de encender o apagar el carácter suicida de la misma, por medio de un promotor químico, lo que genera una dependencia constante del campesino con respecto a la semilla y anula la posibilidad de que la semilla se reproduzca de forma natural. Las semillas Traitor, son también semillas suicidas, pero estas, admiten la posibilidad de que este carácter podría estar codificado para atacar de inmediato el cultivo de varias maneras, por ejemplo, podría reducirse el contenido proteínico del arroz, elevar el nivel de cianuro en la yuca, hacer que el trigo germine prematuramente.



Por perverso que pueda sonar, al colocar en manos de la investigación corporativa privada, la alimentación y la tecnología para producir alimentos, estamos endosando nuestra seguridad alimentaria, pero también vulnerando nuestra propia sobrevivencia. Bastaría que la empresa que comercializa estas tecnologías, deje de suministrar el cóctel químico, para que una variedad no germine, provocando la muerte de la semilla, la pérdida de los cultivos o hambrunas. La privatización de la investigación científica, la participación del capital corporativo en los programas de investigación pública, orienta los fines de la investigación a los fines del capital corporativo; lo que atenta contra los derechos humanos de los pueblos.

Es indudable que ambas tecnologías promueven el agroterrorismo, y que deberían ser rechazadas y prohibidas. Sin embargo, los Estados Unidos han amenazado públicamente a varios países con represalias económicas y posibles sanciones comerciales dentro de la OMC, si impiden la comercialización de semillas Terminator o Traitor, por lo tanto, como afirma Pat Money: "el agroterrorismo es un tema aceptable mientras la conversación se limita a la posible amenaza de dementes y radicales extremistas. No es un tema aceptable cuando se considera que la amenaza proviene de gobiernos y empresas". La situación se vuelve más preocupante cuando el 03 de marzo de 1997, el gobierno de Sudáfrica, después de admitir que el anterior gobierno del apartheid había emprendido investigaciones sobre la guerra biológica tanto contra cultivo, como contra grupos étnicos, publicó una lista de veinte patógenos de cultivos que habían sido investigados para su posible utilización como armas (Mooney, 2002).

El agroterrorismo es también un problema de discursos y de valores. Es importante por tanto identificar a las corporaciones que lideran esta investigación y los gobiernos que las apoyan. El desarrollo de armas biológicas, se esconde tras el discurso de la Guerra contra las Drogas; y el discurso de la Guerra contra el Terrorismo. Son terroristas quienes se oponen al desarrollo y uso de agentes biológicos como armas, pero no son terroristas quienes las promueven, las utilizan y perversamente las validan.

Desde una perspectiva eminentemente ética, la manipulación de la vida es una transgresión a su esencia, es convertirla en objeto del mercado y del capital transnacional, es desacralizarla y dejarla en indefensión.